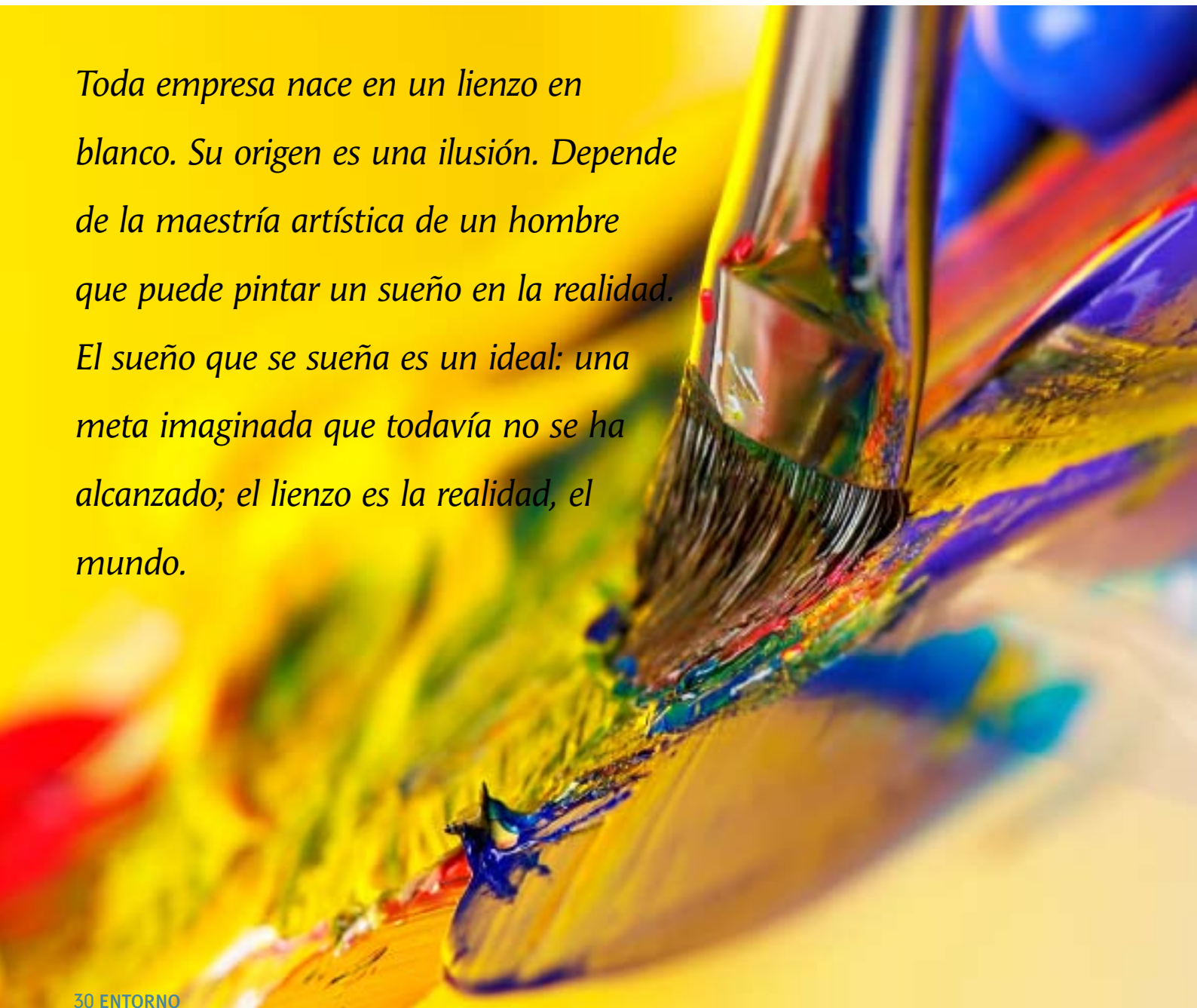


Echando porras ante la crisis (2) o La empresa como una de las bellas artes

Toda empresa nace en un lienzo en blanco. Su origen es una ilusión. Depende de la maestría artística de un hombre que puede pintar un sueño en la realidad. El sueño que se sueña es un ideal: una meta imaginada que todavía no se ha alcanzado; el lienzo es la realidad, el mundo.



La existencia de la empresa depende de haber sido soñada y de poder ser pintada en el lienzo, de los ideales y las realidades de un artista: el empresario. Como el artista, el empresario sufre la génesis de sus ideales en su fuero interno. No los construye él mismo con sus propias manos. Este ideal, el sueño que se sueña, no es producto de manufactura alguna: aparece de pronto en su alma, como la sinfonía nace en la de Beethoven o como el cuadro se presenta en la mente de Van Gogh.

Esos sonidos o esos colores que se resbalan incipientes por el espíritu deberán ser trabajados con el esfuerzo manual del artista, pero eso es muy posterior. Su génesis no es labor de mano; la primera aparición golpea al artista y al empresario con la fuerza de la palabra no dicha por uno mismo, que viene de fuera. Los griegos nombraron “manía” a este fenómeno: en *Fedro*, Platón nos dice que la fuente que inspira la Filosofía Divina es precisamente una “manía”; es decir, una posesión que un dios o un genio realiza sobre un hombre cualquiera. Es una locura inducida, una fuerza que nos mueve ineluctablemente desde dentro para hacer algo, de la que no podemos escapar y que nos exige un compromiso radical.

Esta manía es la fuerza del sueño que se sueña, la disposición del artista a comprometerse con su ideal. El empresario recibe el golpe de una inspiración empresarial —si se me permite la figura— que lo impulsa a considerarse dueño de una imagen posible que él podrá realizar.

El genio empresarial no es una cualidad personal exclusiva de los grandes magnates de la industria, ni una consideración romántica del esfuerzo cotidiano de hombres comunes y corrientes. Es el detonante de la gestación de cualquier obra empresarial.

Es evidente que la manía referida es necesaria pues, de lo contrario, la lógica estéril dominaría al hombre y ningún proyecto se haría realidad. La manía pone a dormir la lógica y le permite a los hombres acercarse al sueño que se sueña para hacerlo proyecto. De otro modo, nadie se arriesgaría. La manía es, así, lo que le grita al hombre: “¡Arriégate, *hay abismos que salvan!*” La lógica estéril señala el peligro; la manía, la solución.

Sin embargo, éste es solamente el primer paso. La manía se mantiene en el terreno de lo ideal; se acaba donde el sueño que se sueña es secuestrado de la fantasía y es arrojado a la realidad, cuando éste comienza a existir. Entonces ya estamos hablando de *manualidad*.

La realidad de una sinfonía o una pintura comienza cuando el sueño soñado se hace sueño escrito o pintado, cuando se ponen los medios técnicos para que la imagen se muestre al mundo: una nota sobre el papel, la consideración del *tempo* sinfónico y de las tesituras instrumentales, un ensayo en el piano, un color sobre el lienzo.

El proyecto empresarial comienza cuando el empresario realiza su primer esfuerzo por plasmar en el mundo la empresa, cuando se analizan la plausibilidad, los gastos, costos y demás factores implicados. Se trata de modelar el sueño una y otra vez hasta que se manifieste en el mundo tal y como se soñó. Es trabajo: labor de mano que exige sudor y callos en el artista.

Así, el proyecto es el factor constitutivo del realismo empresarial. Aquí la lógica deja de ser estéril y es fecundada por el alma posesora del artista. Uranio se acuesta sobre Gea y la fecunda.

Por eso decimos que el empresario es el hombre con realidades e ideales, con proyecto y sueño. Pero el proyecto es justamente *pro-yecto*: echar adelante algo. Avienta al sueño soñado a la realidad, pero no puede terminar de realizarlo. Su naturaleza detonante se lo impide. Es manualidad, pero está muy lejos de ser toda la necesaria para satisfacer la realidad de la obra de arte.

Después del proyecto, el empresario debe, como todo artista, seguir sufriendo los esfuerzos de parto. Debe poner a trabajar su capacidad para que se vaya realizando paso a paso en el mundo. Debe consolidarlo en la existencia. Esta es la última labor: hacer de aquel sueño soñado uno consolidado en el mundo: una empresa que se puede ver y vivir.

Las Meninas, de Velázquez, son un sueño consolidado porque existen y pueden ser vividas por ti o por mí. La empresa lo es también porque existe y puede ser vivida por cualquiera. Y ambas persisten incluso años después de la muerte de su creador, de aquél artista que alguna vez las soñó...

Dicho de otro modo, el empresario es un hombre creativo y creador. Ante los problemas, como la actual crisis económica, sabe encontrar y ejecutar soluciones. Por su propia naturaleza no se arredra ante aquellas situaciones que lo pudieran lastimar. Antes bien, las enfrenta gallardo y con la confianza de tener el genio y el arte para prosperar.E

Juan José Díaz Enríquez es licenciado en Filosofía por la Universidad Panamericana. Actualmente es Coordinador de Análisis y Estrategia de la Coparmex.